

La novela se abre con un «Acto preparatorio» que, además de su funcionalidad narrativa, predispone al lector; en efecto, *lo prepara* para entrar en un universo virtual, anclado en un cronotopo histórico. En lo formal, las seis páginas de este preliminar («Acto propiciatorio», lo llama Monsiváis) están construidas con material diferente<sup>3</sup>: son un gran fresco, o mejor, una panorámica cinematográfica, que, con efecto de lupa o a ralentí, se va deleitando en los encuadres, en los juegos de luces y sombras, en las siluetas estilizadas, en los fantasmas del miedo, de los instintos, del deseo, o enfoca los colores litúrgicos que pautan la penitencia, el dolor santo, o el encarnizado flagelo, nunca la risa, nunca la alegría... Hasta el contrapunto final, hasta la última página, en que los latines, que en la obra son instancias lingüísticas que legitiman instancias ultraterrenas, en estas últimas líneas del texto, vehiculan la santa envidia del cura párroco, deseoso de romper el orden y apropiarse de la respuesta del acólito: *Ad Deum qui laetificat juventutem meam...* Pero desde el incipit hasta los latines finales, la obra es una unidad de sentido en que cada elemento se halla interrelacionado.

En la presente edición, realizada por un equipo de especialistas, coordinados por Arturo Azuela, se ofrece una presentación de Antonio Gómez Robledo, diplomático y filósofo, amigo y condiscípulo de Yáñez, quien traza un entrañable apunte biográfico del autor. El texto de *Al filo del agua* ha sido establecido y anotado por el coordinador, Arturo Azuela, que además escribe el estudio que *sitúa* la obra en su contexto histórico-literario. Este estudio de Azuela es una síntesis panorámica, ejemplar de rigor y acierto. Ubica la aparición de *Al filo del agua* en esa etapa que él llama de «transferencia», de transición de una sociedad rural hacia la urbe, «entre la reafirmación de las dictaduras y el crecimiento industrial», en una América Latina cuya novela está deshaciéndose de la marginalidad del tipicismo y de lo vernacular, para venir a situarse en la vanguardia de la narrativa universal. En la década en que aparece *Al filo del agua*, la novela mexicana da un salto cualitativo que seguirá confirmándose en años posteriores.

El panorama de la literatura mundial, con los autores más representativos, «La generación perdida» norteamericana, o Kafka, Proust, Mann, Malraux, Papini..., son recordados como ejemplos y modelos que tuvieron pre-

sentes los latinoamericanos y contrastados respecto a la narrativa de Yáñez. Pero Azuela no olvida tampoco, en este marco del entorno de influencias sobre Yáñez, a los escritores contemporáneos de habla española, americanos o peninsulares, que el autor jalisciense reconoce haber leído con entusiasmo. La generación del 98, o los trasterrados de la del 27, así como las revistas que introdujeron las literaturas de vanguardia y dieron raíces a una tradición cultural. Fundamentalmente, Yáñez tuvo relación con *La Gaceta literaria*, de Giménez Caballero (por cierto, en el número 52 de *La Gaceta*, 15 de febrero de 1929, aparecen unas «postales» de Yáñez: «Pueblos», breves prosas vanguardistas sobre dos pueblos, Zoquián y Atemajac) y la *Revista de Occidente*, de Ortega y Gasset. En la prosa de Yáñez no hay sólo la manifestación lineal del nivel anecdótico, múltiples textos provenientes de nuestra literatura, de la mitología y de los símbolos de la cultura mestiza, enriquecen su textura hasta el punto de hacerla parecer barroca.

José Luis Martínez equipara algunas páginas de *Pasión y convalecencia*, de Yáñez, y el capítulo primero de *Al filo del agua*, «Aquella noche», con las más impresionantes páginas de *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, de Rilke. A mí me parece que en toda la novela hay resonancias del ciclo rilkeano *La vida de María*, al que a su vez suministró inspiración el *Flos Sanctorum*, del Padre Ribadeneira. Con el rigor, el saber y la claridad que lo caracterizan, José Luis Martínez precisa su punto de vista al referirse al barroquismo de Yáñez: «barroquismo no significa decoración superflua, pérdida o confusión de la arquitectura interior de la obra... la profusión que hay en este estilo es plenamente significativa»<sup>4</sup>. Coincidimos también plenamente, el barroquismo en *Al filo del agua* es inmanente a las estructuras semionarrativas profundas, y obligan al discurso a manifestarse *así* en la superficie textual.

El ensayo de José Luis Martínez, «Iniciación y obra. La significación de *Al filo del agua*», es el prólogo que

<sup>3</sup> Incluso la tipografía. Hasta el carácter propio de la cursiva, de autoridad, de perennidad, les dan un matiz más plástico que lingüístico. Las cursivas las usa Yáñez en la página 115, cuando el campanero, Gabriel, integra a su soliloquio, narrativizado, el último cuarteto del soneto de Fray Luis de León a Salinas.

<sup>4</sup> J. L. Martínez, p. 323.

el académico escribió para la edición de las obras completas, de Aguilar, 1968. Por serlo, es una presentación completa de la obra literaria de Yáñez. Del texto de José Luis Martínez, yo hubiera suprimido la referencia a los cuentos: «los tres que incluye el volumen que el lector tiene en las manos...», puesto que éste es otro cantar —otro volumen—, y del mismo modo, las notas con la paginación correspondiente a las citas que se hacen de la novela, y que corresponden a la paginación de la edición de Aguilar, crean confusión en este lector.

El excelente texto analítico de Françoise Perus, «La poética narrativa de Agustín Yáñez en *Al filo del agua*», no sólo establece la poética de la novela sino que acierta a dar una explicación ideológica que va más allá de lo que ha ido nunca la crítica. Es valiosísima la información que aporta el artículo sobre la situación real de la Iglesia en Jalisco, en los primeros años del siglo, con abundante documentación. Y más que referir la intencionalidad y sentido de la obra al tiempo del enunciado (...1909-1910...), en los orígenes del proceso revolucionario, piensa que *Al filo del agua* «recoge una temática candente de los principales debates de los años treinta y cuarenta acerca de la política educativa y cultural de la Revolución en vías de institucionalización»<sup>5</sup>. Para Perus no hay evolución individual, colectiva o histórica; ese «diálogo de conciencias e ideas», que se establece en la obra, en ciertos personajes como Gabriel, Damián o María, «se puede sintetizar como la tendencia a la secularización de la fe cristiana». Las aperturas que las conductas de personajes y situaciones plantean no siguen una pauta resolutive y parecen confirmar la permanencia del conflicto, que si acaso se resolverá fuera del tiempo y el espacio de la novela.

A este respecto yo había visto ya en *Proceso narrativo de la Revolución Mexicana*<sup>6</sup>, que *Al filo del agua* «no es una crítica retrospectiva ni una justificación, sino una crítica continuada a un estado de cosas, aún no superado». Es más: puesto que por la cronología aportada por esta edición sabemos que la redacción definitiva concluyó en 1945, cabe relacionar el proceso de enunciación de la novela con el clima creado en México por las festividades y actos públicos dispuestos para la celebración del cincuentenario de la coronación de la Virgen de Guadalupe, que inspiró a Martín Luis Guzmán el famoso artículo «Semana de idolatría», publicado en la revista *Tiempo*.

Retrotrayendo la situación religiosa del 45, al tiempo factual del argumento de la novela, pienso que desde aquella actualidad se está criticando todo posible abuso; cualquier parecido de la realidad de 1945 —desde la que escribe Yáñez— con los hechos socioreligiosos del pasado, referidos en la obra, está siendo necesitado de una buena tormenta.

Ignacio Díaz Ruiz, en su ensayo «Recepción crítica de *Al filo del agua*», contempla el horizonte de críticas que mereció la obra y lo examina con ponderación, señalando lo que han sido apologías o simplemente lecturas impresionistas, así como los análisis rigurosos o las diferentes calificaciones que ha merecido: novela de la revolución, novela anticlerical, o las otras que resaltan el carácter nacionalista o provinciano, o su absoluta modernidad... Echo de menos en este ponderado y estricto panorama la referencia a una crítica que me parece de repaso obligado, la del alemán Adalbert Dessau. Y me parece obligada, porque Dessau es un crítico marxista y bajo esta perspectiva enjuicia la obra de Yáñez: «*Al filo del agua* es la obra que más claramente refleja la posición de la burguesía posrevolucionaria. (...) posterga la verdadera problemática social y constituye el punto final de la novela de la revolución». Dessau afirma que con *Al filo del agua* se produce la neutralización de la novela de la revolución, y critica a Yáñez por atribuir a la conciencia humana el papel de auténtica realidad de la vida cuando —según el profesor de la Universidad de Berlín Este— ésta es la manera en que el hombre experimenta su vida no sólo personal sino social. Al presentar Yáñez la conciencia como única realidad del pueblo, prescinde casi por completo de la realidad material. Si mi referencia a Dessau y *La novela de la Revolución Mexicana*<sup>7</sup>, cuyas tesis no comparto, puede parecer excesiva, que me sirva de disculpa el hecho de que el mismo lapsus se comete en el apartado VI de la edición, «Bibliografía», establecida por Sun Hee Byun.

Monsiváis, en su texto «Pueblo de mujeres enlutadas: el programa descriptivo de *Al filo del agua*», aporta la

<sup>5</sup> Françoise Perus, p. 365.

<sup>6</sup> Marta Portal, *Proceso narrativo de la Revolución Mexicana*, Madrid, ediciones de Cultura Hispánica, 1977, p. 173.

<sup>7</sup> Adalbert Dessau, *La novela de la Revolución Mexicana*, primera edición alemana, 1967, Rütten und Loening, Berlin. Versión española, México, F.C.E., 1972.

perspectiva crítica heterodoxa. Del «Acto propiciatorio» (sic) dice: «a modo de rezo encaprichado y feroz que surge... de las entrañas de la represión». Los ojos escépticos —y con frecuencia burlones— del crítico contemplan, bajo los melodramas sucesivos, la tragedia que la teocracia hace interpretar al pueblo. Monsiváis recuerda las deudas de *Al filo del agua* a *La Regenta* y a *Doña Perfecta*; sin embargo, no se ha visto, o la crítica no se ha detenido en el parentesco con Miró: la vida a ralenti de la provincia, el sabor arcaico, las intrigas eclesiásticas de *El obispo leproso* o *Nuestro padre San Daniel* nos hacen pensar en una ascendencia genética, si no mimética, pues Miró resuena —quizás a través de Benjamín Jarnés— constantemente en toda la obra.

Comentando la retórica religiosa de *Al filo del agua*, o lo que Bajtín considera el plurilingüismo, o pluriestilismo o plurivocalismo, Monsiváis dice: «Un lenguaje imperial durante casi cuatro siglos persiste porque es simultáneamente la voz de la autoridad, la cosmovisión que no admite heréticos y el espacio de salvación». Hace años yo había visto que el anticlericalismo de Yáñez era una variante del antiespañolismo o anticolonialismo. «Es una respuesta histórica, acaso inconsciente, a la religión del señor, del conquistador, impuesta a la fuerza como lo fue la lengua. *Al filo del agua* es la denuncia de un estado evolucionado y degenerado de dependencia colonial, y propone la independencia definitiva»<sup>8</sup>.

Por último, para concluir el examen de esta excelente edición, tan coherentemente acompañada de estudios críticos y cronologías, quiero referirme al artículo de Pura López Colomé que, al tratar de establecer la modernidad de la novela, considera el contenido social de la realidad iberoamericana, y reproduce el texto ensayístico de Yáñez sobre la sensibilidad iberoamericana, que es «ante todo mestizaje cultural y sociológico», con lo que la articulista concluye: «el mestizo escribe al mestizo», o sea, *a nuestro mestizo de la otra orilla*, concluyo yo también, en contrapunto con la afirmación que formulé al iniciar esta reseña sobre *Al filo del agua*.

**Marta Portal**

<sup>8</sup> M. Portal, ob. cit., pp. 165-175.

## Mujeres por mujeres

**E**n la presentación de la *Historia de las mujeres*, Georges Duby y Michelle Perrot, directores de la colección, se hacen una pregunta como punto de partida: «Y ellas, ¿qué dicen ellas?». La respuesta: «la historia de las mujeres es, en cierto modo, la de su acceso a la palabra»<sup>1</sup>, condensa con exactitud y economía un mundo inversamente inexacto y amplio.

La otra cara de la Historia con mayúscula, subestimada durante mucho tiempo por doméstica, indocumentada, trivial, es descubierta y encubrada como uno de los enfoques globales más originales en un campo —el de los estudios históricos del siglo XX— resignado en nuestros días a la novedad puntual, al descubrimiento estricto del erudito que sólo puede añadir detalles al trabajado corpus general.

El relativismo dominante en el pensamiento de Occidente, su perspectivismo, la fragmentación de los sistemas de pensamiento, la atracción de los historiadores por enfoques colaterales desde la lingüística, la semiótica, la literatura, el descrédito del cientificismo histórico basado en la veracidad del documento, el traslado del centro de interés del propio documento al discurso que lo interpreta y expone, son todos cambios fundamentales de concepción que modificaron también el objeto de análisis seleccionado.

<sup>1</sup> Duby, G. y Perrot, M. *Historia de las mujeres, tomo I, Madrid, Taurus, 1991, pág. 10.*